Jacques-Alain Miller

VIDA DE LACAN

ESCRITA PARA LA OPINIÓN ILUSTRADA

GREDOS

Título original: *Vie de Lacan*

© Jacques-Alain Miller, 2011.
© de la traducción: Miquel Bassols y Silvia Tendlarz, 2011.
© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.
Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
www.rbalibros.com

REF.: GEBO492
ISBN: 9788424938055

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

I
II
III
IV
V
VI
VII
Notas

— I —

La conversación de aquellas dos jóvenes giraba en torno a la difamación de la que Lacan era todavía objeto treinta años después de su muerte. La primera me reprochaba mi silencio sobre «un repugnante batiburrillo de inmundicias»; la segunda, «una complacencia que habrá permitido a las modernas Erinias sentirse autorizadas a decir cualquier cosa sobre aquel a quien perseguían con un *odionamoramiento* implacable y eterno». Si ambas amazonas me comunicaron sin dificultad su avidez febril por arrancar la túnica de Neso que consumía a Hércules, ¿cómo no iba a tener su deseo, convertido en mío, algo de perplejidad? Yo a Lacan lo había conocido, lo había frecuentado, lo había tratado durante dieciséis años, y solo dependía de mí dar un testimonio. ¿Por qué haberme callado? ¿Por qué no haber leído nada de esa literatura?

Estudiando su enseñanza, redactando sus seminarios, siguiendo la estela de su pensamiento, había descuidado su persona. Preferir su pensamiento, olvidar su persona, era lo que él deseaba que se hiciera, al menos eso decía, y yo le había tomado la palabra. Sin duda, por método, siempre tuve el cuidado de referir sus enunciados a su enunciación, de cuidar siempre el lugar del *Lacan dixit*, pero eso no era de ningún modo hacer caso de su persona. Por el contrario, no decir ni una palabra de su persona era la condición para apropiarme su pensamiento, apropiar mi pensamiento al suyo, quiero decir, universalizar su pensamiento, operación donde *lo tuyo* y *lo mío* se confunden y se anulan.

Me había interesado en elaborar algo que, del *pensamiento* de Lacan —palabra que le daba risa— pudiera transmitirse a todos, sin pérdida, o con la menor pérdida posible, y que así cada uno podía hacer suyo. Esta vía era la que él llamaba, mediante un uso que le era propio, el *matema*. Ahora bien, esta vía implica por sí misma cierta desaparición del sujeto y una borradura de la persona. No conceder ninguna importancia a la personalidad singular de Lacan era, pues, algo que caía por su propio peso. Yo la indicaba en mis cursos, pero era para sustraerla, para dejarla caer, para sacrificarla, por así decir, al esplendor del significante. Al hacerlo, me sentía partícipe de aquel tiempo futuro que, en vida, él anhelaba, aquel en el que su persona ya no haría de pantalla a lo que enseñaba. En suma, la vía del matema me había conducido a guardar silencio cuando habría tenido que hacer algo que mis dos jóvenes amigas llamaban *defenderlo*.

Defenderlo, sin embargo, era algo que ya había hecho cuando estaba vivo, y hasta el

final, cuando estaba acorralado, y después cuando estaba ya en las últimas. ¿Para qué hacerlo una vez muerto? Una vez muerto se defendía muy bien él solo —con sus escritos, con su seminario, que yo redactaba—. ¿No bastaba esto para hacer ver el hombre que era?

Sollers me daba la tabarra para que consiguiera de Lacan que se dejara filmar en su seminario. Hubiera sido un documento para la historia y, sin duda, un vehículo para propagar la fe verdadera. Ahí estaba para él el verdadero Lacan. Yo sonreía, muy decidido a no pedírselo a Lacan, seguro como estaba de que él me desalentaría. En la escena del seminario, es cierto que Lacan concedía algo de cara al teatro pero, a su manera de ver, era finalmente para que *eso pase*, eso que tenía que decir, en el momento de decirlo. Su apariencia, esa ninfa, no era algo a perpetuar. Era una concesión hecha a la «debilidad mental» de ese *parlêtre* (ser que habla) que había que cautivar por medio de alguna «obscenidad imaginaria» para que retuviera algo del tema. Él decía que solo lo entenderían al fin, en el sentido de comprenderlo, cuando hubiera desaparecido.

Abordaba cada una de las sesiones del seminario como si tuviera que llevar a cabo una actuación, pero en aquella época las actuaciones no se grababan. Ya movilizar a una estenotipista para transcribir un curso era en aquellos tiempos algo extraño, algo que en la Sorbonne no se hacía. Con todo, incluso cuando se vieron aparecer los primeros pequeños magnetófonos, que se multiplicaron pronto alrededor del pupitre de Lacan, la estenotipista siguió allí, como un testimonio de siglos pasados.

Ya Jenofonte, según dicen, había utilizado este arte para transcribir las palabras de Sócrates.

— II —

En cualquier caso, es cierto que de repente me encantó la idea de dar vida a este desecho, este *caput mortum* de mi *Orientación lacaniana*, quiero decir la persona de Lacan, encantado de hacerlo palpitar, de hacerlo bailar, tal como sé hacer vivir, palpitar y bailar conceptos y matemas.

¿Era un deseo de defenderlo, de hacerle justicia, de justificarlo, de hacer de él un justo? Lacan no era un justo. No estaba atormentado por un deber de justicia. Me había dicho incluso, y se lo había dicho también a todos en televisión, la indiferencia que le profesaba a la justicia distributiva, la que quiere que para cada uno sea de acuerdo con sus méritos. Hasta tuvo la cara de pretender pasar desapercibido, como el *discreto* de Gracián, cuando resultaba que su persona atraía las miradas ya desde hacía tiempo, que había llegado a ser ocasión de escándalo bastante pronto en su vida, y que era más conocido que la ruda cuando salieron publicados sus *Escritos*.

No, yo no tenía ningún deseo de defenderlo. Puede ser muy bien que fuese indefendible. Mi deseo era darle vida —vida para vosotros que vivís después de él, ya que, al parecer, leer su seminario, ese monólogo pronunciado en el escenario cada semana, durante casi treinta años, no bastaba para hacéroslo ver en la densidad de su presencia y las extravagancias de su deseo.

Pero entonces, ¿por qué la palabra *justicia* me vino a la memoria? Sin duda, a causa del vínculo que la tradición establece entre juicio y resurrección. Y yo me decía que era ciertamente este deseo de resurrección de Lacan el que, abriéndose camino en mí sin yo saberlo, me había inspirado la elección, como emblema de un congreso reciente de la *École de la Cause freudienne*, del fresco de Signorelli en Orvieto —el de la resurrección de los cuerpos el día del Señor— evocado por Freud en la *Psicopatología de la vida cotidiana*.

Escribí en aquella ocasión: «¡Que se levanten los muertos!». Era sin duda a uno de entre todos ellos a quien yo pretendía hacer revivir.

Así pues, se me ocurrió la idea de una *Vida de Lacan*.

— III —

Esta *Vida de Lacan* despertó múltiples ecos en mí, y en primer lugar un recuerdo.

Recordé haberme preguntado en otro tiempo, cuando Lacan aún vivía, por qué yo no era para Lacan lo que James Boswell había sido para Samuel Johnson. ¿Por qué no escribía yo nada de lo que veía y escuchaba de Lacan cada día, sobre todo los fines de semana cuando estaba tantas veces junto a él, en su casa de campo de Guitrancourt, a una hora de París? Constaté que nunca anotaba una sola de sus frases familiares, cuando resultaba que me gustaba mucho leer las de Martín Lutero o Anatole France. Nunca escribía un dicho, una fecha, un acontecimiento.

Pero aquella idea me había rondado lo suficiente como para que me adentrara en la lectura de *Life of Johnson*, 1.300 páginas de las que solo conocía entonces extractos escolares. Boswell consigna, en efecto, día a día y durante veinte años, lo que vivía y decía el Dr. Samuel Johnson, que fue en el siglo XVIII la gran figura de las letras inglesas, el árbitro de todas las elegancias literarias. Ya no se lo lee, pero se lee todavía la *Life*. Boswell confesaba que, durante aquellos veinte años, había tenido constantemente en mente el proyecto de escribir la vida de Johnson y que Johnson, sabiéndolo, respondía a sus preguntas para alimentar la obra, y que esta da de él «una representación exacta». Él le confiaba lo que habían sido su infancia, su adolescencia, sus años de formación, los acontecimientos que habían sucedido antes de su encuentro. Boswell anotaba toda la conversación del Dr. Johnson, que consistía esencialmente en los decires del comensal, en monólogos «de un vigor y de una vivacidad extraordinarios».

De ningún modo se hubiera aventurado uno a preguntarle al Dr. Lacan algo de su vida presente, y su vida pasada parecía resultarle profundamente indiferente. Le había interrogado dos o tres veces sobre este punto y había obtenido respuestas, pero tan lapidarias y sorprendentes que permanecían en mi memoria sin que tuviera necesidad de anotarlas. Por lo demás, hay que confesar que su conversación familiar, a diferencia de la de Johnson, no se caracterizaba por mucho vigor y vivacidad. Ese vigor y esa vivacidad, los guardaba para el largo monólogo de su seminario, mientras que su conversación era, a decir verdad, más bien la de sus familiares. Nos conducía, durante el tiempo que le conocí, hacia la narración y el comentario de pequeñas anécdotas y hechos reales de cualquier cosa de este mundo, a condición de que fuera algo original y estimulante. Yo le decía que nos hacía componer en la mesa unas nuevas *Noches Áticas*. Por otra parte,

Aulo Gelio está citado en los *Escritos*. Digamos que es algo parecido a Macrobio, si eso les da una pista.

No se podía encontrar, pues, con Lacan el mismo recurso que Boswell con Johnson. Johnson profesaba que la vida de un hombre no podría estar mejor escrita que por él mismo. Boswell estaba evidentemente sostenido y como aspirado por el deseo de ponerse en ese lugar. *Life of Johnson* es de alguna manera una autobiografía escrita por otro. A mí me había tocado escribir, no la vida de Lacan, ni su conversación, sino sus seminarios. Nadie, es cierto, lo habría hecho mejor que él mismo. Por otra parte, presa de la emulación tras la publicación del seminario de *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, el primero que salió publicado, se propuso redactar él mismo *La Ética del psicoanálisis*. No fue muy lejos antes de hacer una larga interpolación y lo dejó todo entre sus papeles. Es por esta razón por la que este fue el primer seminario que redacté después de su muerte. Así pues, fui su lugarteniente en este sitio. Cuando me llamó a ocuparlo, fue por otra parte lo bastante generoso como para decirme, a propósito de ese seminario de *Los cuatro conceptos*: «Lo firmaremos juntos». Fui yo quien retrocedió ante esa firma que me parecía exorbitante, «Jacques Lacan y Jacques-Alain Miller», por un rasgo de modestia que él no dejó de señalar para soltármelo de vuelta, en el postfacio que le había pedido que escribiera para aquella primera publicación. Creí más digno de mí —modestia es también orgullo— borrarme y hacer poner en el envés de la tapa la fórmula «texto establecido por...», que era la de la colección Budé para las ediciones de textos griegos y latinos.

Johnson tenía pues con su propia vida una relación autobiográfica. Esto es algo que el discurso psicoanalítico no permite. En el psicoanálisis, uno cuenta su vida, en efecto, pero la cuenta en sesiones de psicoanálisis, para otro que la interpreta, y este ejercicio es de una naturaleza tal que modifica todo lo que se ha practicado en el género literario de la autobiografía. Quiero decir que esto lo vuelve impracticable.

Podría decirse en cierto sentido que solo una persona analizada puede contar su vida de una manera plausible, ya que el análisis se supone que le ha permitido levantar las represiones responsables de los blancos o de las incoherencias en la trama del incesante monólogo del yo. Pero una vez completada de esta manera, tu vida no se puede contar ya a cualquiera. El demonio del Pudor se yergue: es preciso mentir o bien ser indecente. Y además, el análisis hace estallar la biografía en pedazos, polimeriza la verdad, no te deja más que los fragmentos, las esquirlas. La memoria es de moaré, tornasolada. Lo real

no se transmuta en verdad, si no es en sí misma mentirosa. Existe ese obstáculo irreducible que constituye lo que Freud llamaba la represión primaria: se puede seguir interpretando siempre, no existe la última palabra de la interpretación. En resumen, autobiografía es siempre autoficción.

Sin embargo, tal vez, después de todo, Lacan debería haber contado su vida. Se lo sugirieron, y bajo una forma que es precisamente la siguiente. Su editor en Éditions du Seuil, que era también un militante activo de la causa, François Wahl, le propuso un día ser interrogado sobre su vida y sus opiniones, y que luego se publicara un libro. Surgió el nombre de uno de los entrevistadores más distinguidos de los años cincuenta y sesenta, Pierre Dumayet, que se había entrevistado, cara a cara, ante las cámaras de televisión, con Mauriac, Montherlant, Queneau, Ionesco, Duras... Convencido, meditativo, aspirando su pipa, el anfitrión, sentado ante el gran escritor, se expresaba en un tono siempre igual, algo suave, y planteaba una a una preguntas siempre pertinentes, escuchando con respeto las respuestas. ¿Quién mejor que este hombre honesto —pensaba el editor— podía hacer desembuchar a Lacan? Por añadidura, acababa de entrevistar a Lévi-Strauss, un domingo.

Conocí por Lacan mismo la idea de esta entrevista autobiográfica. Acompañó la información con su sonrisita maliciosa, que quería decir: «Por supuesto, no haré nada de eso». Asentí con otra sonrisa, aunque hoy veo mejor, retrospectivamente, qué futuros golpes quería evitar el amigo Wahl. Poco después, Lacan aceptó sin más la propuesta de un joven desconocido: entrevistarse conmigo sobre su enseñanza para un documental televisivo. Benoît Jacquot, como caído del cielo, le había cautivado. Lacan no carecía de previsión: debía saber muy bien que algún día escribirían su biografía y que el retrato no sería necesariamente halagador. ¿Por qué no aportar su testimonio? Él se burlaba de eso. ¿Era, sin embargo, una razón para que yo hiciera lo mismo?

Es cierto que cuando uno se acercaba a él un poco más, se daba por sobreentendido que uno no iría a charlatanear [*piapiater*] por ahí y, en resumidas cuentas, son pocas las personas cercanas en quienes los sinsabores, las decepciones, incluso los resentimientos, hayan suscitado algunas palabras amargas que han alimentado el rumor, y que, a veces, han llegado a ser religiosamente recopiladas en obras sin acribia, desprovistas incluso de una simple sensatez.

A pesar de todo, treinta años después de su desaparición, pienso que tengo algo que decir del hombre que conocí, algo que no sea indigno de la gran solidez de su enseñanza.

— IV —

Si hubiera tenido la menor inclinación a jugar al biógrafo, lo que me habría disuadido de ello es lo que Lacan dice del biógrafo «como tal» en sus *Escritos*. El primer biógrafo de Freud fue Ernest Jones, sin duda el alumno del maestro a quien Lacan más había frecuentado y estimado. Sin embargo, nunca vi que elogiara a nadie sin clavarle una espina, y esto se aprecia en todo lo que se lee de él. Algunos se han salvado, diré algo de ellos otro día. A Jones, pues, lo conoció, lo cuenta en el artículo que le dedicó en ocasión de su muerte, y que trata sobre el simbolismo. Es sabido por su seminario cuánto había meditado sus trabajos sobre la sexualidad femenina, donde había encontrado ese término, *afánisis*, que estuvo triturando durante mucho tiempo antes de dedicarlo a denotar la desaparición del sujeto bajo el significante con el que se identifica. Sin embargo, Lacan no es nada afable cuando estigmatiza, refiriéndose a él, «el servilismo que corresponde al biógrafo como tal».

Este dardo lanzado, a través de Jones, a cualquier biógrafo no se me escapó. En efecto, si bien yo era alguien familiar para Lacan, si bien había entrado incluso en su familia, si bien me había encargado de hacer pasar «a través de la escritura» lo que podía leerse de lo que él decía, no creía en absoluto que eso me llevara a tomar con respecto a él una posición servil. Mi *afánisis* precoz bajo significantes de la antigua Roma, elaborados por otra parte bajo nuestra Tercera República, me lo habría prohibido... Pero la cuestión quedaba todavía en suspenso, ya que uno no le decía *no* impunemente. Me rodeé pues de un *noli me tangere* tan impermeable que, desde donde lo veo ahora, me divierte.

Me viene el siguiente recuerdo. *Speak, Memory*. Lacan, a quien su hija hablaba de usted, le hablaba de tú, y hete aquí que un día le dio por —lapsus, sin duda— dirigirse a mí empezando su frase con un *Tú*... Era una noche de verano, en el campo, estábamos los tres. Le lancé una mirada tan encolerizada que no pasó más allá de ese *Tú* y, dócil, volvió enseguida al *usted*.

¡Qué sensibilidad! —la mía, quiero decir. Ahí había gato encerrado. Esta anécdota me hace pensar en la jocosa perorata que Gogol pone en boca del «personaje importante», sin que se sepa nada más de él, a quien el pobre Akaki Akakiévitch acaba de dirigir su súplica en relación al abrigo que le han robado. Hablar a Su Excelencia es ya faltarle al respeto, y solo podría responder a este atentado haciendo variar el tema: «Pero ¿por

quién me toma usted?», que también significa: «¿Por quién *se* toma usted?», y muchas otras cosas más. En resumen, le estaba diciendo en suma que yo no era su hija. Esto no quiere decir que, servil, lo fuera su hija: no le había puesto el nombre de Judith por nada.

La idea de que cualquier biógrafo es siervo es para meditar. No quiere decir que sea necesario adular para *biografizar*. Es la posición misma de biógrafo la que te esclaviza, porque tejes tu discurso alrededor de un nombre propio, que es por excelencia un significante-amo, anotado por Lacan con la sigla S_1, donde el sujeto se identifica. Y resulta que te encuentras, en todo y por todo, quiero decir para realizar tu propia *afánisis* de biógrafo, reducido a la pensión mínima: el significante-esclavo, S_2.

Esta sigla, en el álgebra lacaniana, designa también el saber. Y eres tú, en efecto, biógrafo, quien sabes, o al menos eres supuesto saber, por medio de hallazgos y deducciones, lo que el pobre sujeto, por su parte, había olvidado, escondido al mundo, incluso a sí mismo. Así pues, tú eres el esclavo del amo, pero sin embargo eres su superior, como Jeeves con Bertie Wooster, como todos aquellos esclavos de Plauto y Terencio, más pillos que sus amos. Y cuando se es esclavo, ¿qué otra cosa se puede hacer sino burlarse del amo? Buscabas al animalito. Por eso mismo resulta que te olvidas del elefante en la habitación, como dicen en inglés, *the elephant in the room*, es decir, aquello que salta a la vista y no se ve, como la famosa carta robada de Poe. Y tu goce de esclavo todavía encuentra el modo de velarse con oropeles de un deber de veracidad.

Lo que es para troncharse, como le gustaba decir a Lacan.

— V —

Por *Vida de Lacan* entiendo algo totalmente distinto de una biografía.

Lo que más se parece a la autobiografía es la operación llamada el pase, cuando el sujeto, una vez ha resuelto que su análisis estaba acabado, se considera en condiciones de dar cuenta ¿de qué? —no tanto de la historia de su vida como del curso de ese análisis.

Esta operación, allí donde se practica —lo que sin embargo no es así en todas partes en el psicoanálisis sino solo allí donde se ajustan más o menos a la invención de Lacan —, es siempre inseparable, lo perciba o no el sujeto, de una precipitación. Esta modalidad temporal, la prisa, es a decir verdad fundamental porque el sujeto, en el momento del pase, juega su partida en relación a la represión primaria, es decir debe contar con la posibilidad ineliminable de que haya otras interpretaciones, ahora y siempre.

Por lo que se refiere a la represión primaria, uno solo puede pues declararse *pasante* por un efecto de «certeza anticipada», expresión de Lacan en su artículo del *Tiempo lógico*. Es, si puedo decirlo así, la certeza anticipada de que las interpretaciones venideras serán inesenciales. Desde el punto al que ha llegado, prevé de alguna manera que *nil novi*: por mucho que eso cambie, en adelante seguirá siendo lo mismo. Esta certeza que es la tuya exige todavía ser verificada.

Lo es de la manera siguiente. Tu relato es escuchado por otros dos que están en el mismo punto que tú, pero en la modalidad del «todavía no». No han decidido todavía anticipar por su propia cuenta el fin de su análisis; vacilan en el filo de la cresta, se preguntan en qué punto están; están tanto más pendientes de tus palabras. Estos dos *pasadores* transmiten entonces el testimonio que han escuchado, por separado, de ti, a un areópago selecto de los que deciden, que solo conocerán de ti, el *pasante*, esa relación indirecta de tus decires. Así, cuando eres *pasante*, no estás allí cuando se defiende tu causa ante el jurado: como en la Corte de casación, son otros, es decir tus dos *pasadores*, quienes te representan ante él en tu obligada ausencia. Estos *pasadores* serán, según tu actuación los haya convencido o no, o bien abogados, o bien procuradores, o bien se repartirán los papeles, o incluso pasarán de un papel a otro.

Ya lo sé: es rebuscado —es decir, retorcido—, pero el motivo es fácil de captar. El objetivo es reducir a nada, o al menos minimizar, la incidencia de la persona del *pasante*,

ya sea que juegue a su favor o en detrimento suyo. Dado que lo imaginario hace de pantalla a lo simbólico, se trata de hacer de pantalla a lo imaginario para despejar lo simbólico. Es precisamente la razón por la que, en análisis, se hace uso de buen grado del diván.

Existe siempre, para el sujeto, forzamiento cuando se decide a *hacer el pase*. El fin del análisis exige poner un término a la dinámica de la interpretación, que en sí misma está cargada de infinito, y este término solo puede fijarse en la dimensión del riesgo, sin garantía preliminar de triunfar en la prueba de validación.

Por otra parte, no tenemos autobiografía de Freud. Si sabemos bastante de él es en principio por lo que nos libra de su inconsciente en sus obras y su correspondencia, sueños, lapsus, actos fallidos y por la interpretación que él mismo da de ellos. Cuando escribe algo que podría parecerse a una autobiografía, se llama «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico». Es una obra de combate donde afirma que el psicoanálisis es una creación suya y de nadie más, y que tiene fundamentos para decir que tanto Jung como Adler se desvían de la trayectoria original, la única auténtica. Si escribió esta historia fue precisamente para decir que no era la suya, personal, sino la del psicoanálisis. La razón que lo empujó a escribirla fue hacer valer sus títulos de propiedad, presentar su patente de inventor a fin de prohibir a dos de sus alumnos la usurpación que meditaban. Si existe una biografía es completamente política.

Lo que se encuentra en Lacan que más se parece a una autobiografía, y que es a la vez más pacífico y más personal que el artículo de Freud, son aquellas pocas páginas de los *Escritos* que, no incauto, utilizando el *nosotros* mayestático, titula gloriosamente «De nuestros antecedentes». Allí expone de dónde viene, su formación de psiquiatra, su encuentro con el análisis, presenta algunos de sus trabajos anteriores a 1953. Es en esta fecha, en efecto, cuando escribió para un congreso en Roma el informe titulado «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», que marca según su opinión, si puedo decir así, su nacimiento en la enseñanza del psicoanálisis, su *coming of age* doctrinal. Hay corte, así pues rechazo de la anterioridad cronológica, pero también su asunción, a título de antecedente de lo que le sucede. Lacan se otorga, pues, una suerte de *born again*, que diría: «Por esta vez ¡aquí estoy al pie del cañón! Al fin me convierto en mí mismo».

Esta pseudobiografía esconde de hecho una *Aufhebung* del sujeto. La dificultad para traducir en francés (y en castellano), este término «especulativo» de Hegel, que utiliza

aquí un recurso propio de la lengua alemana, es bien conocido. Se ha traducido por «*dépassement*» (rebasamiento), se ha inventado «*sursomption*» (sobresunción), y Derrida escogió «*relève*» (relevo). Lacan deja la palabra en alemán y se sirve de ella en su primera enseñanza para designar la operación clave del significante que niega, tacha, sobrepasa, eleva, simboliza, metaforiza, lo que había allí, en el punto de partida, de imaginario o de real —eso que, sobrepasado, sin embargo se conserva—. Es también en este informe de Roma donde, por primera vez, Lacan ordena el psicoanálisis con el tríptico de lo simbólico, de lo imaginario y de lo real, que utilizará a lo largo de sus seminarios. Allí «pone en cuestión (*question*) al sujeto», es decir hace del sujeto analítico una pregunta (*question*) como tal. «*Yo* no es otro, por decirlo así, *Yo* es un signo de interrogación, una *x*, un sitio vacío.»

Ahora bien, hay en 1957 un resalte de este corte de 1953. Al final de su escrito «La instancia de la letra», Lacan inscribe precisamente una misteriosa secuencia de letras: «*T.t.y.e.m.u.p.t.*». Se sabe ahora qué quiere decir, pero no se sabía, creo, antes de que yo se lo preguntara a Lacan y de que yo mismo lo repitiera a los cuatro vientos. Me acuerdo todavía de su mirada de conmiseración cuando se lo pregunté: «¿No lo ha comprendido...?». Después, con un hilo de voz: «*Tu t'y es mis un peu tard*», «Te has puesto a la obra un poco tarde».

¿Por qué esta amonestación a sí mismo? Y, en primer lugar, ¿por qué en este sitio? Conjeturo que con «La instancia de la letra», el cuestionamiento del sujeto encuentra, tres años más tarde, el modo de completarse con una doctrina del significante por fin apta para formalizar los efectos de sentido de este significante. Habrá todavía como un tercer nacimiento de Lacan, en 1964, cuando conseguirá introducir su famoso objeto *a* minúscula bajo una forma lo bastante *logificada* como para considerar que da finalmente al texto de 1953 la continuación que merecía (véase la nota final de su artículo *Posición del inconsciente*). Sin embargo, en otro sentido, Lacan, el fénix del psicoanálisis, renacía cada año, cada vez que retomaba el monólogo de su seminario, pero bajo un nuevo ángulo, *sobrepasando-conservando* los resultados adquiridos anteriormente.

Este *T.t.y.e.m.u.p.t.* no deja de recordar las señales que Stendhal se dejaba a sí mismo en sus *marginalia* y, por ejemplo, en *La Cartuja de Parma*, la inscripción de aspecto cabalístico de la que hace el memorial de su encuentro con las dos encantadoras hermanas, la menor de las cuales será la emperatriz Eugenia. Lacan, por su parte, dejó como colofón de su «Instancia de la letra» la huella de un pesar que había sentido: el de

haberse encontrado, haber llegado a ser él mismo en un momento en que era ya, si no demasiado tarde, al menos «un poco tarde». Me explico así aquella prisa que lo animaba, aquel sentimiento de urgencia que ciertamente lo habitaba y que difundía a su alrededor, como es también el caso de aquellos de quienes hablaba, los que franqueaban el famoso pase. Lo dijo, por otra parte, una vez: ese pase, él lo hacía sin cesar. Era, por así decir, un *pasante* considerable, pero que se quedó incrustado en su sitio más tiempo que un Rimbaud, aquel *drop-out* genial.

«Lo serio es la serie», decía en su seminario: no aflojar, *no decir stop*; pensar siempre en las consecuencias, sopesarlas con antelación, pero asumirlas cueste lo que cueste, sea lo que sea, beber el cáliz hasta el último trago. Para él, un analista que se excuse en nombre de las buenas intenciones *es para desternillarse de risa*.

Eso, esta secuencia de letras, este mensaje secreto enviado a sí mismo, es algo que ya había evocado en mis cursos, en otro tiempo, con muchos otros detalles, en apariencia ínfimos, y tan reveladores. Pero lo hacía siempre al pasar, en los márgenes de mis palabras. Ha llegado el momento de hacer un bloque de esas huellas y esculpirlo.

La palabra «urgencia», por ejemplo, figura en la penúltima frase, *metalenguajera*, del último texto que pude recoger en el volumen de sus *Otros escritos*: «Señalo que como siempre casos urgentes me ponen trabas mientras escribo esto». Y la última frase declara que escribe para estar «a la par con estos casos, hacer buena pareja con ellos»; es su deber, dice.

Era también su deseo —su deseo y su urgencia, su deseo *es* urgencia.

— VI —

Vida de Lacan. Si se me ocurrió esta fórmula es porque resuena en mí por aquel género literario que se llama la vida de los hombres ilustres, que nació en la Antigüedad, prosiguió en el Renacimiento y llegó a mi conocimiento en 1953, cuando estaba en sexto curso, bajo la forma del *De Viris illustribus* del abad Lhommond, y después, algunos años más tarde, con las *Vidas paralelas* de Plutarco.

El erudito nos enseña que la escritura de la *Vida* es una disciplina muy diferente a la historia. Al comienzo hay como una bifurcación entre el registro de la historia, su postulación hacia la exactitud —contar el acontecimiento, en su contexto y su lugar cronológico— y la escritura de las *Vidas* que, en la Antigüedad, era del registro de la ética. Así entiendo *Vida de Lacan*. ¿Cuál fue la ética de su vida, y qué da prueba de ello, tanto en su ser como en su existencia?

La ética no es la moral. Por muchos rasgos, e incluso por un rasgo esencial, Lacan no era ni se creía un hombre de bien. «No tengo buenas intenciones», dijo una vez en su seminario, burlándose de los prejuicios de los biempensantes. Eso no hace más que facilitar demasiado la tarea de quien se aproxima a su memoria disfrazado de portavoz de las *gentes honestas*, aquellas cuyo sueño, dice Alphonse Allais, es poder matar en legítima defensa. Lacan malpensaba, y no lo ocultaba. No lo ocultaba, pero en fin, tampoco lo decía demasiado alto.

Al comienzo de la *Vida de Alejandro*, Plutarco, al distinguir el registro de la historia y el de la *Vida*, por un efecto de retrospección parece anunciar a Freud: «No escribimos historias sino vidas, y no es siempre por las acciones más ilustres por las que se puede sacar a la luz una virtud o un vicio. A menudo un pequeño hecho, una palabra, una bagatela, revelan mejor un carácter». Eso se ajusta muy bien a este proyecto de *Vida de Lacan*. No sucede lo mismo con la idea de lo que se llama, en la tradición clásica, «el gran hombre», cuya *Vida* sería un monumento escrito bajo la mirada de la posteridad y destinado a darlo como ejemplo.

El estatuto de esta posteridad es muy discutible. Diderot, por ejemplo, lo discutió en su correspondencia con Falconet, el escultor. Queneau la envía a hacer gárgaras: «Y / a la posteridad / le digo mierda y remierda / y rerremierda». Lacan me parece haber estado a tono. La posteridad no tenía absolutamente ninguna consistencia para él; no se le hubiera ocurrido hacer de ella un sujeto supuesto saber. Toda forma de supervivencia más allá de

la muerte le parecía una ficción y prescindía de ella. Tenía gusto por lo real. Si pudo evocar el tiempo en el que se retomarían sus escritos para buscar en ellos la clave de los impasses crecientes de nuestra civilización, era una deducción más que un anhelo, hablando propiamente. Entristecí a una persona muy próxima a Lacan al decirle que si bien él me había instalado en la posición de redactar sus seminarios, de todas maneras yo veía en él un cierto lado *después de mí el diluvio*.

En el Renacimiento estaban encantados con Plutarco; en el siglo XVI la escritura de la *Vida* de los grandes hombres pasó incluso, por así decir, al estado industrial. En esos tiempos, cuando uno era un príncipe y buscaba tener su pequeña repercusión mediática, se hacía escribir una buena pequeña *Vida* de uno mismo por el escriba de servicio, que era todo de lo que se disponía. Montherlant, que ya no se lee, lo pintó en *Malatesta* de una manera tan divertida y pertinente que no me resisto al placer de abrir aquí un paréntesis.

Vemos al terrible señor de Rimini, envejecido, cultivar a su biógrafo, cubrirlo de favores, al mismo tiempo que lo humilla, hasta que este último, al final de la obra, se venga. Una vez se ha asegurado de que su señor, al que envenenó, no podrá levantarse ya de su sillón, comienza, frente a sus ojos, a tirar al fuego, hoja tras hoja, el manuscrito en curso de redacción, de la famosa *Vita*, que era lo que su amo tenía como más querido. Malatesta, impotente, se encomienda a los manes de Julio César, del Gran Pompeyo, de los Gracos, y de Escipión, a quien llama su primo. Sus espectros aparecen, les suplica que le envíen un signo: «¡Díganme que mi nombre palpitará todavía junto a los suyos!». Frente al silencio de esos Otros, cuya apariencia desaparece de golpe, pronuncia un deseo de muerte contra sí mismo: «Entonces, que también desaparezca yo». «*Se derrumba*». Después de esta didascalia, telón.

Gran Guiñol, tal vez, pero de la misma estructura que el acto de Medea repudiada, degollando a los hijos de Jasón, o el de Madeleine echando al fuego las cartas de André (Gide). Madeleine y Medea, la comparación es de Lacan.

La escritura de las *Vidas* no tiene entonces nada que ver con lo que llamamos ahora una biografía. Una *Vida* se sitúa más bien bajo la égida de la figura magnífica que Aristóteles levantó en su *Ética a Nicómaco*, la del magnánimo. Solo que Lacan, tan versado en Aristóteles, no era magnánimo. Veía allí únicamente una de esas maneras de darse importancia que no le impresionaban.

En aquellos tiempos se estaba bastante lejos de aquello en lo que se convertiría la

escritura de la vida de alguien en el «estúpido» siglo XIX, cuando fue incorporada al género histórico y aspirada por el discurso de la ciencia, cuando la estructura de esta implica la forclusión del sujeto. De allí el carácter a menudo caricaturesco de los retratos de escritores en Taine, en su *Historia de la literatura inglesa*, por ejemplo, que fue tan famosa en su tiempo. Se lo entiende: su frase tan clara, corta y de buen cuño, tiene toda la eficacia de la del joven Sartre. Para él, una obra no era «el capricho de una cabeza caliente», sino el «fósil» de un mundo desaparecido, que debe reconstituirse en toda su amplitud, a través de todos los medios documentales. En el nuevo género de la biografía erudita y pseudocientífica, si por una parte hay algunas obras maestras literarias, entre las que se cuenta la *Vida de Jesús* de Renan, a la que Lacan se refiere en sus *Escritos*, por el otro hay innumerables e innombrables garabatos.

Al entrar el psicoanálisis en el baile por el sesgo del *Leonardo* de Freud, se vio nacer en el siglo pasado la psicobiografía, en la que el autor penetra sin andarse con cumplidos en la interioridad del sujeto para detallar sus motivaciones. Es una obra de este género la que Roquentin, en *La Náusea*, se esfuerza por escribir y a la que renuncia. Pero Sartre, por su parte, no renunció. Su *Baudelaire* fue manifiestamente leído por Lacan, a quien le impresionó; Sartre, por su parte, menciona a Lacan en su *Flaubert*.

Por lo demás, las biografías que se leen, se leen como novelas, puesto que son necesariamente novelas; las mejores lo confiesan: las otras imitan a la ciencia.

—VII —

Vida de Lacan no podría dejar pasar el hecho de que Lacan era analista. ¿Vamos a poner a los analistas a Lacan como ejemplo? Es necesario que mida esto con la mayor justeza posible, puesto que los rasgos que subrayaré no dejarán de tener en muchos de ellos un efecto de identificación, positivo para algunos, para otros en sentido opuesto –«contraidentificación», se dice.

No hay analista ejemplar, si es verdad que los analistas son dispares, son, según la expresión del último escrito de Lacan, esparcidos desparejos (*épars désassortis*). A diferencia del proyecto clásico de la *Vida*, no se puede querer hacer de Lacan un ejemplo, ni un contraejemplo. Es un caso singular, que no responde a ninguna regla general, una excepción. Pero como «todos» los analistas son excepciones, y Lacan es una mucho más evidente, más incandescente que las otras, se vuelve ejemplar, paradigmática. Un paradigma no quiere decir que todos los casos sean parecidos, o que se esfuercen en serlo: entiendo por un paradigma un caso diferente de todos los demás, pero que los aclara por su diferencia misma. Estamos aquí en el filo de una cresta.

Está claro que Lacan quiso ser una excepción, y se asumía como tal. «¡Juntos, todos juntos, *sí*!» —este eslogan bien francés, era poca cosa para él. El suyo era más bien el lema que él mismo había forjado para el neurótico: «Todos salvo yo». Terminó por decirlo abiertamente en su seminario, poco después de su carta del 5 de enero de 1981 que indicaba su intención de disolver la Escuela que había fundado. Evocaba su vida, escuchen bien, como «una vida dedicada a querer ser Otro a pesar de la ley».

Esta frase sensacional hace surgir en mí el eco de lo que Lacan me había dicho diez años antes, y que rápidamente fue anotado por François Regnault, mi amigo muy querido. Fue tres años después de mayo de 1968, cuando yo mismo era un muchacho rebelde, y Lacan me hablaba de *su* rebelión, me la ponía como ejemplo. Él, decía, su rebelión, la de un burgués —asumía eso, sin falsa vergüenza, a diferencia de los izquierdistas— la hizo pasar al psicoanálisis. No es que el psicoanálisis le haya hecho pasar su rebelión, sino que él la había puesto en marcha *en* el psicoanálisis, y, por lo mismo, me invitaba a hacer algo de mi rebelión, algo que no fuera luchar contra molinos de viento, o correr tras el trapo rojo, como el toro sacrificado en la arena. Me predecía una muerte segura si me enfrentaba a personas de otra especie: «Usted nunca será un asesino», me decía.

Si bien Lacan da pie a la calumnia, a diferencia de la Madre Teresa —de hecho, se dicen pestes de la Madre Teresa, por supuesto—, si se difama tan fácilmente a Lacan, es por su rebelión contra lo que vale *para todo x*, su rebelión contra un universal perezoso. La posición de un hombre rebelado contra el universal no deja de tener afinidad con la de las mujeres. Eso se demuestra en el álgebra de Lacan.

La vida de las mujeres ilustres fue escrita sobre todo al modo libertino de un Bussy-Rabutin, o emparejándolas con *Las damas galantes*, como Brantôme. Lacan lo plantea como principio, universal precisamente: «A la mujer, se la difama».[1] Es de estructura. De hecho, durante mucho tiempo, para que uno se interesara por una mujer era necesario, en efecto, que hubiera perdido más o menos su reputación, y las cosas solo empezaron a cambiar, lentamente, en el giro del siglo XVI, y luego en el siglo XVII. Mme. de Scudéry no es solamente la autora de *Clélie*, donde figura la famosa *Carte du Tendre*, sino de una recopilación de las *Mujeres ilustres*. Lacan, contra Molière, estaba a favor de las Preciosas ridículas y de las Mujeres sabias. Desde entonces, el «segundo sexo» se ha puesto a la tarea con energía. Pero no por ello la figura de la mujer ilustre se ha convertido en un pilar de la cultura humanista que, en verdad, promueve al hombre como el feminismo promueve a la mujer.

¿Qué quiere decir ese «a pesar de la ley», tomándolo en serio? Lacan se confiesa orgullosamente transgresor, y juega al delincuente, al bribón, al gamberro. Genet, o incluso Rimbaud, tenían con todo otras credenciales para ello. Lacan es, pues, aquel que inventa de entrada, al comienzo de su enseñanza, el «Nombre-del-Padre» como pivote de la ley del Edipo, pero no quiere desaparecer sin haber dicho que era también un a-pesar-de-la-ley.

Lacan es en efecto alguien que desafiaba a la ley, incluso en las cosas más pequeñas.

A ustedes no les ha sucedido conducir un coche con Lacan al lado como pasajero, pero tienen que saber que si había algo que le resultaba «absolutamente intolerable» era tener que detenerse en los semáforos en rojo. Yo no llegaba a saltármelo por él, como lo hacía él cada vez que conducía, intentaba tener siempre el semáforo verde. Pero, una vez, yendo por los *quais*, no lejos de la *rue de Lille*, resulta que tropiezo de todas formas con un semáforo en rojo. Lacan tenía entonces 75 o 76 años. Abre la puerta, pone el pie en el suelo, sube la acera, y continúa caminando solo, poniendo la directa como era su costumbre. Era del signo de Aries, y la descripción de los que han nacido bajo ese signo, tal como aparece en obras de astrología, le va como un guante. Conseguí,

al otro lado del semáforo, que volviera a subir al coche. Pero ese comportamiento aparentemente irracional muestra bien que su «a-pesar-dela-ley» no era solo una fórmula: había en él como una intolerancia pura y simple a la señal *stop* en tanto tal. Allí estaba, se podría decir, su imposible de soportar, su real, el de él.

Y esto es lo que me contó su hija.

Un día, ella lo llevaba desde el norte de Italia a Estocolmo, donde tenía que realizarse el Congreso de la Asociación Internacional de Psicoanálisis. Estamos en 1963, el Congreso trata sobre la sexualidad femenina; en la sesión administrativa, el caso Lacan será zanjado por el Ejecutivo, en compañía del caso Dolto, y se producirá su «excomunicación», como dirá Lacan al año siguiente. Judith conduce muy bien, a una velocidad media constante, su padre se siente satisfecho, está contento. Sabe que él no soporta los semáforos en rojo y se las arregla así para no tropezar con ninguno. Durante 500 kilómetros, milagro: ¡ni un solo semáforo en rojo! Ella está encantada. A la salida de Langres, se encuentra con un paso a nivel: el tren va a pasar, baja la barrera. Y Lacan dice: «*Jamás* debería haberte hecho pasar por allí».

¿Debería yo temer que vayan a hacer como Lacan? Tal relación con el Otro, con sus prohibiciones más legítimas, tal relación de impaciencia, no está al alcance de todo el mundo. He aquí una ética que denota un modo de ser muy singular. Lacan contó públicamente que durante su residencia de medicina en Sainte-Anne, había escrito en las paredes de la sala de guardia una fórmula de su cosecha: «No es loco quien quiere». Se puede, en efecto, querer ser médico, psiquiatra, profesor, bombero, pero ser loco, es otra dimensión del ser. Y bien, no es Lacan quien quiere.

No es Lacan quien quiere, menos mal. Pero no es Lacan quien quiere, y muchos no se lo han perdonado. Y además, eran otros tiempos. Actualmente, para encontrar un comportamiento semejante de ruptura, sería necesario buscar entre los *rockstars* o las *top models*. Una Naomi Campbell, tal vez. Lacan tampoco se drogó nunca, ni para probar —se lo pregunté—. Tampoco pegaba a los empleados, si bien a veces reprendía a la pobre Paquita, un poco sorda hay que reconocerlo, que por la tarde, después de las seis, substituía en su consultorio a la fiel Gloria, de la que le costaba dispensarse. Nunca trataba bruscamente a las mujeres. No las llamaba tampoco «las buenas mujeres», como se hacía en casa de los Sartre-Beauvoir.

Es preciso sin embargo que cuente también lo siguiente.

En el restaurante o en la cafetería, cuando el camarero desatendía su pedido, pasaba

sin verlo, con esa mirada fija y vacía a la vez que traiciona la voluntad muy decidida de parecer que no ve lo que en efecto ve, Lacan no se quedaba sin decir palabra. No se contentaba con chasquear los dedos, agitar el brazo, murmurar un «Por favor», o bien levantarse para estirar al camarero de la manga. Aullaba directamente. Lanzaba de un soplido un «¡OOOOhhhh!» tan sonoro, tan potente, tan prolongado, que todos en la sala se sobresaltaban y se giraban hacia él, hacia nosotros, con el aspecto asustado o la mirada furibunda. El camarero de la cafetería, sin tener ya la tranquilidad, como en *El Ser y la Nada*, de hacer de camarero de la cafetería, acudía, demostrando así los poderes de la palabra en el discurso del amo. También hace falta que el amo, para el caso, haga lo que hay que hacer y pague con su persona. A Lacan le importaban un bledo las reacciones del público —más tranquilo que unas pascuas cuando ya tenía lo que quería.

Yo no lo pondría como parangón de cortesía a la francesa, pero intenten lanzar un grito al estilo Lacan y verán lo difícil que es. Sabía muy bien comportarse muy mal. Yo, que lo estimaba, consideraba que la urgencia de la que estaba habitado no le permitía tomarse su mal con paciencia. Sus maneras sufrían las consecuencias; ¡pero cómo simplificaban y estimulaban también la vida de todo el mundo! Incluida la del camarero: se veía legitimado en su ser, veía que contaba para algo en este mundo ya que había podido ser, aunque fuera por un momento, lo que le faltaba a aquel personaje importante que se había desvivido para atraer su atención y su benevolencia. Y después, ¡cuántas anécdotas para contar, por unos y otros! ¡Qué plusvalía de placer y distribuida con tanta liberalidad! Por lo demás, eso eran solo explosiones. Tal como lo conocí, pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando, tranquilo y concentrado.

Anécdotas en las que vocifera, hierve de rabia, fulmina, contra cualquier obstáculo sea el que sea, o rechina ante todo lo que se le resiste —¿y quién es qué, sino tal vez lo que él mismo denomina lo real?— las hay en abundancia. Para que Lacan se haya girado hacia ti con esa expresión en la cara, bastaba con que, en un momento u otro, hubieras cumplido la función de aquel semáforo rojo o ese paso a nivel que detiene al sujeto en el impulso de su deseo, o también de esa mirada vacía que ignora su pedido. Sin embargo, no se engañen: hacía eso, la mayoría de las veces, con discernimiento. Solo mostraba esa expresión si tenía posibilidades, haciendo eso, de obtener lo que quería. En suma, solo se descubría en beneficio de aquellos que no esperaban otra cosa. Hay, porque sí, personas que, para que caigan sus inhibiciones, necesitan que el Otro manifieste su deseo con potencia e insistencia.

Piensen en ello. Si hacías sufrir tanto a Lacan rehusándole lo que te pedía, entonces es que tenías algo que podía proporcionarle un placer inmenso. A partir de ahí, la distancia entre tu enclenque persona y la posible felicidad que ella misma ocultaba en su seno para aquel mastodonte, por lo demás tan meritorio, parecía infinita. Así pues, habrías tenido que ser muy *requetemalo* para mantener tu rechazo más allá del tiempo necesario para que el objeto alcanzara manifiestamente un valor mayor para Lacan, que lo deseaba cada vez más, que para ti, que se lo rehusabas con tan mala voluntad que te tornabas cada vez más indefendible ante tu propia mirada. Así pues, al cabo de un tiempo variable *Tn*, cedías, por regla general.

Concibo de buen grado que quienes no miraban a Lacan con afecto, cuando se encontraban confrontados a estas manifestaciones de un deseo fuera de las normas, hayan podido pensar que tenían que vérselas con un patán, un maleducado, una especie de tirano doméstico y político, incluso un frenético, o también un loco. Este loco, sin embargo, tenía el aspecto de saber muy bien lo que quería, como dice Lacan de Hamlet. El problema para los demás era no llegar a saber, a fin de cuentas, exactamente qué, de ahí cierto alivio cuando aquel deseo errante se detenía en *eso* y lo reclamaba a voz en grito.

Algunos se complacían en atribuirle bajas pasiones que son, lo juraría, las suyas propias: fortuna, notoriedad, poder. Pero todo eso cae por su propio peso para el hombre de deseo, son medios de su deseo, no es su deseo. Lacan encarnaba por el contrario lo que hay de enigmático, de poco tranquilizador, incluso de inhumano en el deseo, y sigue siendo todavía hoy un enigma. Encarnaba algo como aquel ¿*Qué quieres*? del que él mismo hace en su grafo el punto de pivote del deseo.

Así, siempre he visto que, cuando uno condena a Lacan, es a sí mismo a quien juzga. Quien reconoce en él a una figura enemiga dibuja la suya propia. Le resulta muy especialmente insoportable a eso que se llamaba en otro tiempo *el espíritu pequeñoburgués*. Esta expresión, central en el existencialismo francés, y de la que los intelectuales de izquierda de la postguerra no podían abstenerse para estigmatizar aquello de lo que se creían emancipados, se ha perdido desde entonces, borrada por la alianza improbable de la «*moralina*» con el «*bling-bling*», hasta tal punto que veo en Google que *La pequeña burguesía* es hoy el nombre de una línea de prêt-à-porter *glamour*.

Con todo, lo que Lacan representa, incluso vagamente, lo que se designa con este nombre, sigue siendo todavía hoy en día deshonrado por todos los que se arrastran para

hacer carrera, los furiosos del conformismo, identificados hasta los huesos con sus insignias, medallas de chocolate, funciones sociales o simulacros *cool*, por no hablar de quienes se travisten de portavoces de la humanidad, de su buen sentido, o del espíritu increado del mundo, para vituperar los supuestos vicios de Lacan, encarnizados como están en crearle la peor de las malas reputaciones.

Por lo demás, por supuesto, algunos tímidos adoran en él a un superhombre, mientras que él se veía más bien como un desdichado a riñas con lo real, especialmente lo real de los demás. Solo que, mira por dónde, él no se resignaba a eso. Sin embargo, si contabas para él, ya fuera por un momento o para siempre, ya fuera por lo poco que pudieras hacer, o habías hecho, por él, o, simplemente porque se interesaba por ti, Lacan sabía ser encantador, delicado, solícito, te trataba muy bien, excesivamente bien, con gracias y zalamerías, como a un objeto muy valioso.

Me gusta mucho el Lacan intratable *en lo cotidiano*. Si uno mira al personaje con más indulgencia que los *pequeño burgueses*, y con un poco de afecto, ve bien que desafiar como hace él los prejuicios, las buenas maneras, incluso la ley —¿pero cuál? lo diré— es, propiamente hablando, heroico. Es, en suma, cuestionar el orden del mundo. «Intentar siempre cambiar mis deseos en vez del orden del mundo», la bella máxima cartesiana que resume todo lo que es sabiduría antigua y moderna, no estaba hecha para Lacan. Estaba en el bando contrario. Lo que él pretendía era cambiar a su alrededor la ruta de las cosas, su ruta rutinaria, y con una obstinación, una perseverancia, una constancia, que despertaban mi admiración y que me incitaban, no a imitarlo sino a secundarlo. Y pienso aquí en lo que fueron sus penúltimas palabras antes de hundirse en el coma: «Soy obstinado».

Las anécdotas lacanianas son todas verdaderas, incluso las que son falsas, ya que, en buena doctrina, la verdad se distingue de la exactitud y tiene estructura de ficción. Todo lo que corre por ahí sobre el personaje de Lacan, de lo visto, de lo oído, o de lo forjado, inventado, o simplemente *mal-entendido*, todo lo que lo difama o lo inciensa, converge para pintar al hombre de deseo, de pulsión incluso, que era. ¿Cómo no decir: «Ahí va uno, al menos, que no se deja contar monsergas»? Era rebelde, insurgente, exigente, hasta en las cosas más pequeñas de la vida. Tal vez sea eso lo más difícil, una insurrección cotidiana, a cada instante, para avanzar en el camino de uno, no dejarse distraer, no dejarse detener por los otros, por el otro, la indiferencia del otro, su tontería,

su torpeza, su mala fe, es decir ¿qué, en definitiva? Sus síntomas. Y, a fin de cuentas, su inconsciente. Y la tontería de su goce.

La insurrección vigilante, perpetua, de Lacan, hacía ver por contraste hasta qué punto a cada momento nos resignamos, hasta qué punto somos borreguiles. Uno espera su turno, hace como le dicen, no quiere ser la cabeza que sobresale, o solo cuando es para los aplausos de la masa o de los medios de comunicación. La rebelión de Lacan no era la de un simple asocial, era mucho más radical. Era, por así decir, la de un extraterrestre, un ser que, llegado de otro universo, hubiera sido realmente *arrojado al mundo*, según el tópico heideggeriano, y a quien le impacientaran los límites prescritos a los humanos por la estética trascendental, la de Kant, es decir las formas *a priori* de la sensibilidad, el espacio y el tiempo, incluso la tabla de las categorías, ese tipo de cosas, verdaderamente *básicas*.

Por lo cual, en conjunto, no se puede decir que haya sido temerario. Mesuró sus audacias. Nunca tuvo la menor complacencia para con los prestigios de la causa perdida. Tampoco sufrió tanto las represalias del Otro. Sí, por supuesto, una Asociación internacional entonces con sede en Chicago lo persiguió, lo expulsó —o más bien quiso emascularlo como analista, prohibiéndole formar a personas. No hagamos de ello toda una historia. En definitiva, poco podían hacer sino ayudar al *rinforzando* de la calumnia.

Lacan, por su parte, tenía recursos, no se dejó intimidar y manejó la situación como un jefe. Fue entonces cuando lo conocí, en enero de 1964, y fui testigo directo, y también uno de los instrumentos, de su brillante contraofensiva. Triunfó en Francia, a costa de quedar encerrado allí debido a su separación del medio internacional. Pero esto fue para nosotros imperceptible —no para él—. En aquella época, cuando se respiraba el aire del Barrio Latino y de *Saint-Germain-des-Prés*, uno se sentía todavía en el centro del mundo intelectual, o al menos de su componente más valiosa y rara. Por mi parte, no fue hasta muy poco antes de 1981 y de la desaparición de Lacan, que me di cuenta de que su teoría, y aquellos capaces de ser su vehículo, eran esperados con impaciencia en el mundo, al menos el mundo latino.

Lacan estaba sobre aviso del poder político y de los grandes compromisos colectivos. Sylvia y él habían escondido a Resistentes. Uno de ellos, hombre político poderoso, les ofreció en la Liberación, según me contó Sylvia, que les otorgaran la medalla de la Resistencia. Rechazaron el regalo ya que, en aquel tiempo, en aquel medio, ser condecorado, incluso nobelizado como Camus, era ¡*puaj*! A Lacan no se le ocurrió entrar

en una red de la susodicha Resistencia. «¿Por qué?», le dije un día. Respuesta: «Veía muy bien en mi diván que bastaba con una cara bonita que pasara por ahí para hacerles perder la cabeza». La respuesta me pareció descabellada pero él conocía sus límites, me decía yo. Aquella aventura no era para él: no era lo bastante optimista, en absoluto idealista, confiaba demasiado poco en su prójimo, y estaba demasiado acostumbrado a contar solo en sus propias fuerzas como para hacer que su vida o su libertad dependieran de los otros, indemne finalmente al narcisismo de las élites, incluso heroicas y combatientes. Y además, si bien era muy valiente en el combate singular y sabía dar si llegaba el caso un puñetazo —no se desplazaba *nunca* sin su puño americano en el bolsillo de la chaqueta—, era de hecho tan poco hábil con sus manos, como verdadero burgués según Alain, que su abstención durante la Ocupación había resultado mejor sin duda para todo el mundo: «Un instante después, la bomba estallaba» —cuando resulta que todavía la tenía entre sus dedos—. Pongo comillas porque es un ejemplo que le gustaba citar, del lingüista Gustave Guillaume, para ilustrar las ambigüedades del imperfecto en francés (y en castellano).

No creía lo más mínimo en la Revolución. Esto no es una interpretación por mi parte. Citaba siempre al respecto, y era algo que me irritaba en aquella época, la etimología de la palabra: el retorno al punto de partida. Lo dijo, lo escribió, lo proclamó durante los años que siguieron de inmediato al 1968. No se molestaba en precisar que no era progresista. Era bastante evidente. Cosa que no impidió que se lo clasificara muy tontamente entre los inspiradores de la rebelión de mayo de 1968. Es verdad que compartía con la juventud en rebelión el aborrecimiento por algunos semblantes. Y además, entre rebeldes, uno se entiende.

No obstante, junto al sentido de la rebelión, había en él ese «tacto en la audacia» cuya fórmula dio Cocteau: «saber hasta dónde se puede ir demasiado lejos», y entonces, a despecho de su posición de ser «Otro a pesar de la ley», o más bien a causa de ella precisamente, no era temerario sino prudente —en el sentido de Aristóteles, comentado por Aubenque—. Esta virtud de la prudencia se acompañaba en él de una práctica constante de la astucia.

Entiéndase bien. No digo que fuera falso. Todo lo contrario. Si, en la dimensión de la *Vida*, lo público y lo privado confluyen, en Lacan se confunden ya que, hasta en la intimidad, él seguía siendo el mismo. No existe un Lacan secreto que solo unos cuantos privilegiados habrían tenido el beneficio de conocer. Era secreto, si se quiere, pero

entonces lo era siempre. Gran astuto, despistando a su mundo, a sus mujeres, gran comediante cuando le daba por ahí, leyendo tan bien los grandes textos clásicos y modernos en voz alta, para nosotros, en Guitrancourt, no encuentro otra palabra que esta, que proviene según Adorno de la jerga existencialista, para decir que era *auténtico*. No tenía nada de pelota adulador, lo cual es decisivo en un tiempo en que —como siempre por otra parte— «los pelotas son la mayoría» (Brassens). Sin embargo, no puedo dejar de pensar a propósito de él en la *Epístola a los Corintios*: «Me he hecho todo para todos, para salvarlos a todos».

La fórmula inspiró a Ignacio de Loyola. Voltaire, en su *Ingenuo*, bautiza con el nombre Todo para Todos al padre jesuita con quien Mademoiselle de Saint-Yves se confiesa y a quien pide consejo. Pues bien, en su enseñanza, Lacan era todo para todos, muy camaleón. Más precisamente, ofrecía una doble cara pero su lengua no era bífida, como dicen los Indios de Fenimore Cooper.

Por una parte, avanzaba imperturbable, con su cortejo de matemas, la A mayúscula, el objeto *a* minúscula, la pareja S_1y S_2, la A y el sujeto tachados, toda la banda, más los esquemas, el grafo, las superficies de un borde que se atraviesan a sí mismas, los nudos borromeos cerrando la marcha, por decir así. Solo era para él, era él, sin concesión, y todo lo remitía a esta álgebra, esta gramática, tan plástica, tan retorcida, esta flor carnívora que se lo traga todo, y enseguida te lo restituía, ordenado, luminoso, con aproximaciones inéditas, transversales, con fulguraciones.

Por otra parte, sin embargo, él era tú. Venía a buscarte allí donde estabas, tú, con tu propia banda, tu equipaje de prejuicios y tus maletas de ignorancias, y tus pocos residuos de nociones vagamente adquiridas en los bancos de la escuela. Él no veía en su auditorio un Otro ideal, se dirigía a los que estaban ahí, tal como eran, a fin de llevar a ese pequeño pueblo a comprender lo que él había comprendido, ya que esta transmisión formaba parte de su felicidad como la de un Spinoza. Para hacerlo, este pescador de hombres hacía de Zelig. Es el personaje de Woody Allen que tiene la facultad de transformarse de modo que se parezca a cualquiera.

Un adagio clásico expresa muy bien de qué se trata: *Uti foro*, que quiere decir: tomar el mercado tal como es; hacer lo mejor con lo que hay. En lugar de estrellarse contra la masa de los prejuicios del Otro, más vale tenerlo en cuenta y rodear el obstáculo para alcanzar tus fines. La astucia es necesaria para quien ha tomado la medida de sus fuerzas y de las del Otro, y no se rebaja a ladrar contra el Cielo. Más allá, su referencia a Leo

Strauss —leído gracias a Kojève tan pronto se publicó *Persecución y arte de escribir*— designa muy precisamente su método discursivo, de enunciación metonímica.

Hay lo que es preciso hacer oír sin decirlo, porque decirlo sería provocar la ira y la persecución del Otro. Y así pues, se habla entre líneas, de modo que solamente sea oído por aquellos que deben oír. Y cuando nadie debe oír nada, no se dice nada.

¿Sobre qué se callaba? Sobre aquello que, siendo bueno para él, no lo era forzosamente para los otros, seguramente no para los otros.

Me viene esta imagen, grecorromana una vez más: Lacan haciendo de Harpócrates, desnudo como Eros, el índice sobre los labios, me mira. Obedezco al dios, y me callo.

1. «*On la diffame – on la dit femme*»: se la difama; se la llama mujer.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com

Índice

I	4
II	7
III	9
IV	14
V	17
VI	22
VII	26
Notas	37